



Happy New Year

Al salir del ascensor se topó con su vecina. Más que nunca hubiera deseado evitar a esa jactanciosa, quien no hacía más que darse corte con la profesión del marido, con el colegio de los hijos y con su próximo viaje a Miami. Se esforzó por parecer tranquila y amable frente aquella pesada.

Te dejó porque todavía debo comprar algunos regalitos para los invitados- le dijo luego de escuchar con alivio que la mujer pasaría la noche fuera del edificio.

Al salir a la calle la sofocó el calor. La avenida parecía un tren a punto de partir, desbordada de gente vociferante, apresurada, impaciente. Recorrió con avidez las vidrieras; compró un cinturón, un bolso, dos remeras, un vestido, un par de sandalias y una cajita de música con la melodía *jingle bells*.

Luego de deambular durante horas por aquí y por allá le dolían los pies, le pesaban los brazos continuados en las bolsas, se le cerraban los ojos y sentía una tristeza pegajosa que no podía ubicar en ninguna parte del cuerpo. Se detuvo frente a un bar, suspiró y decidió entrar para recuperarse con un café doble. Mientras lo bebía rescató dos mensajes desde el celular. El primero era el registro de un ruido similar al de una ecografía. Se le ocurrió que podía ser un intento de establecer una llamada. El otro era de su jefe: le pedía que estuviera temprano el lunes.

Recordó la despedida del día anterior con el hombre al que servía como asistente dental. “Hasta el año próximo”, le había dicho extendiéndole la mano sosa, con la cara inexpresiva. Entre ellos, el trato era cordial pero distante, y no había espacio para nada que no fuera “buenos días, buenas tardes”; “pásame el explorador”; “prepare la anestesia”; “óxido polietileno, por favor”.

Regresó al departamento caminando bajo un sol sofocante. Al abrir la puerta notó un sobre en el suelo con la inscripción *Happy New Year* escrita a mano, con letra despareja. La expectativa se deshizo ante el anuncio del Supermercado chino del señor Lin, que abriría en enero asegurando “atención personalizada”. Igual puso la tarjeta al pie del árbol, como si fuera una fruta solitaria caída de la rama.

Pasó la tarde en la cocina preparando la cena. Tenía buena mano para la repostería. Y mejor aún para la presentación de las tortas. Hizo una grande de duraznos, cubierta con una pasta de almendra blanca, sobre la que dibujó las letras del nuevo año, hechas de chocolate y de frutas brillantadas.

Dejó todo listo y se puso a ver en la tele las imágenes del mundo celebrando la llegada del año nuevo. Por la diferencia horaria pudo ver multitudes celebrando en la Plaza del Sol, en la bahía de Sidney, en Hong Kong y en la Puerta de Brandeburgo. Observaba con desdén como todos lucían felices, reían, se besaban, chocaban copas, repartían abrazos.

El llamado de su hermano la distrajo un poco. Recibiría el año en su casa del *country*, con amigos. Conversaron disimulando aquella inoportuna pelea entre cuñadas aunque la tensión era evidente. Sin proponérselo cayeron en las estampas de la infancia, las de la familia extendida sobre la unión de varias mesas alineadas. Se rieron recordando las bombachas rojas que la Tía Nelly repartía a las solteras, el matambre de la prima Nene del que se seguía hablando todo el año y los helados de Zannetin, que el Viejo traía a toda velocidad en una carrera contra el tiempo útil del hielo seco. Pero al rato la conversación volvió a ser distante, quedaron en verse algún día y casi con fastidio se despidió con un beso sin esperar ninguna retribución. Estuvo inmóvil frente al teléfono durante un buen rato. Dejó pasar unos minutos antes de volverse a pintar los ojos.

Una hora antes de la medianoche se sentó a la mesa ubicada en el balcón. El parpadeo de las lucecitas enroscadas en la baranda hacia visible el mantel verde, las servilletas rojas, las copas de bacará, los cubiertos de plata y los platos de porcelana inglesa. Todos enseres heredados de su madre, quien los había recibido de la abuela. El champagne asomaba de la hielera su cuello distinguido, con el corcho intacto. Desde su atalaya podía ver como en la terraza de enfrente un padre ayudaba al hijo a encender una cañita voladora montada en una botella. El infortunio hizo que la botella tambaleara y la cañita salió disparada en dirección horizontal para estrellarse contra una pared cercana. La lluvia incandescente se apagó rápido pero dejó suspendido en el aire un olor ocre penetrante, que la hizo toser. A las doce el cielo pareció derrumbarse bajo un simulacro de tormenta. Unos rosetones de estrellitas azules se abrían formando círculos entre dos edificios a la izquierda. Luego un abanico blanco se desplegaba a la distancia encendiendo un resplandor fugaz. Intentó fotografiarlo con su celular pero no pudo pues el aparatito empezó a llamar. Atendió con ansiedad, sorprendida. Del otro lado una voz ajena protestaba: “¿Miguel? ¿No es el número de Miguel?”